

CELEBRACIÓN DE RAFAEL PÉREZ ESTRADA

JUAN CARLOS MESTRE*

RAFAEL PÉREZ ESTRADA era la imaginación que acostumbraba a salir del brazo con la brisa del anochecer a celebrar el cumpleaños de los árboles. Su tiempo (Málaga, 1934-2000), fue el tiempo de una realidad que ha entrado definitivamente en el sueño de los símbolos. Poeta, narrador, dramaturgo, dibujante, Rafael Pérez Estrada, amante de las más diversas figuraciones de la inteligencia, representa en el horizonte de lo artístico al hombre que camina sobre el mar junto a los ángeles prófugos de una más alta conciencia, aquella que hace perdurable los actos de la creación convirtiendo a su hacedor en mito. Vivió Rafael en la República de los Príncipes heterodoxos junto al domador de las constelaciones, el fabulador apócrifo de los Doce Césares y los hombres puros que carecen de sombra. Ahora, perdurable, él es el estado poético de las sombras que carecen de hombre, lo definido en lo definitivo de las semillas azules de su imaginación.

Amaba el Mediterráneo, los habitantes imaginarios en la transparencia de su agua, la rara cualidad de sus criaturas. Toda su existencia estuvo vinculada a la pasión por lo misterioso, a la celebración de todo lo desobediente a la normativa. Su pensamiento participa del elogio y la celebración de la vida, una vida en la que los límites de la realidad hacían frontera con el paisaje crítico donde la verdad es vértigo de otra aventura hermosa: la revelación de lo mágico. La otra verdad de lo mágico como inmanencia ética de los modos del saber, el fulgor y la generosidad de sus palabras civiles para después del tiempo: «Yo dejo palabras

* Juan Carlos Mestre es poeta y artista visual.

en mi testamento y dejo atardeceres, estos son indivisibles. Las palabras deberán dividirse entre mis hijos. Una sílaba para cada uno de ellos, y cuando las sílabas de las palabras no sean suficientes se sumarán a aquella que le sigue en el inventario, pero no olvidéis esto: Yo no tengo ni hijos ni palabras». Rafael Pérez Estrada fue el poeta que con su única presencia creó una generación unipersonal, una asamblea de disconformes en torno a las profecías de aquella remota belleza que dio sentido emotivo a la poética como el proyecto más libre del espíritu, y que representará mientras la duración del mundo tenga memoria de lo que en él hubo de luminoso, la figura irradiante de la mirada del bien, la voluntad de quien tuvo como propio fin la conciencia de lo correcto, del que vivió tal como le gustaría ser recordado.

Las páginas múltiples de su obra están hechas con un material indestructible: la esperanzadora certeza en el destino del hombre, la fe sin límites en su encargo de dignidad sobre las piedras fecundas que cimientan la inteligencia como primera forma de la armonía de los seres sobre la Tierra. Ningún gran poeta es pasado, Rafael Pérez Estrada es una memoria de futuro, un aviso escrito en las estrellas, y esa es su otra y anunciada manera de estar en la vida, en complicidad de árboles e historia, en sonrisa de infinito. Si conocer es participar de un saber que nos averigua, si el poeta reduce toda imposibilidad a circunstancia posible, si su voz sin boca nos habla desde un no lugar y sus palabras son sobredosis de sentido liberadas del eco de los significados, lo que Rafael Pérez Estrada representa, contra la melancolía de su reciente ausencia física, es precisamente la desafiante perdurabilidad del pensamiento, la idea que va pasando de la conciencia de un hombre a otro hasta desembocar en el más reciente, súbito y emocionado ser que va a abrir sus párpados a la primera luz de la vida.

Rafael Pérez Estrada no tuvo hijos ni palabras, tuvo lo que tiene el portador secreto de un encargo, naturaleza y visiones, el don de quien es confidente en sueños de la esencia del hombre. Lo que en él comienza al terminar su vida como escritor, lo que de él perdura son los ojos de aquellos que aún no han nacido pero ya les asiste el derecho a leer las huellas que el Levitador ha dejado como testamento en las nubes, las manos del Resucitador de Rosas, la hora exacta en que el Conspirador del Sueño ha consentido que los suyos fuesen leyenda de todos los que no han tenido sueños. Vivo pendiente del desembarco de Normandía, escribió Rafael Pérez Estrada en tiempos difíciles, el desembarco de la ilusión del hombre frente a la adversidad de los sujetos que predicán la infamia, el silencio hacia los que disienten, la violencia de los ortodoxos como criminal conducta de época. El ciudadano Rafael Pérez Estrada, indisoluble en su persona del imaginario lírico con el que se identificaba hasta ser un

solo predicado de su existencia, no ha hecho más que nacer, desembarcar de su amoroso mar querido para iniciar un camino sin regreso a la definitiva conciencia de sus lectores, de cuantos cómplices e insumisos en la gran revuelta de la imaginación les comenzarán a crecer alas. Volar, escribió el Maestro, es el resultado de una intensa pasión, nunca de su práctica. Volar, elevarse sobre el desafío de la gravedad, desaparecer inesperadamente del mustio territorio de los mediocres pensamientos previstos, para reaparecer al otro lado de la mecánica del universo con una rama de cerezo en la mano.

Sólo con pasión se puede hablar de alguien que como él se entregó incansable a la pasión sin recompensa del bien, ese difícil principio que no suele hospedarse en la casa moral de la literatura. En Rafael es indisociable la radical sorpresa de su obra con el continuo fluir de una conciencia personal a la que ningún episodio de lo humano habría de resultarle ajeno. Esa tensión entre ética y estética, esa articulación coral de voces de lo ajeno trasladadas como propias a lo íntimo, será el primer sentido que rija su cosmogonía. Rafael Pérez Estrada, siempre a trasmano de los efímeros compartimentos clasificatorios con que el hábito de los discursos de orden tienden a fichar obra y actitudes, desborda en un acto de desobediencia creativa el sistema aparentemente neutral del saber. Ni el género ni el canon fueron sus camisas de fuerza, Rafael existió porque los milagros de la inteligencia justifican la ley del azar, porque el universo se expande, porque, como escribió Cummings, la Tierra venga siempre las ofensas de los hombres con las salvas de la primavera.

Rafael Pérez Estrada fue un ser extraordinario, el raro imán al que a tan pocos corresponde la idea magnética de esa palabra. Ésta es, evidentemente, una forma de hablar en mito; en efecto, me estoy refiriendo a un mito. Qué otra cosa es la poesía sino la historia de los mitos y las religiones, de la magia y el sueño, de las supersticiosas palabras que nos alejan de la muerte y las que nos hacen felices en la seducción de alguna de las formas con las que se reviste el amor para colocar su cestillo de inmortales vocales a las puertas del tiempo. El tiempo, la proyección mental de lo poético como un otro idioma de la verdad, y no la duna de alacranes bajo el tic-tac de los relojes, ese miserable negocio de la duración, que Rafael pone en crisis alterando su linealidad y la formulación de su disciplina retórica: los géneros literarios. Su obra propicia una ubicuidad en las mutaciones, un versátil tránsito por los territorios no sometidos a la autoridad canónica del saber. Frente al poder de lo real el Cardenal sin iglesia opone el real placer de lo posible, textualidad e iconografía de lo que en términos de lo artístico será transmisión inclasificable, estética sin transacción, desatendimiento consciente al favor sociológico de la institución literaria.

Él era lo que es, inauguración irrepetible en cada mañana del mundo, el dador visionario que ennoblecía con su palabra la precariedad de la existencia humana. La linterna con peldaños de luz por la que emergen del gran pozo de las inquisiciones los pensamientos pendientes de ser nombrados en voz alta, la playa de los naufragos de la razón, la responsabilidad revolucionaria de anunciar lo nuevo, una identificación dialéctica con la razón de los vencidos, los que desvalidos en su inocencia, víctimas en los ásperos límites del discurso único, se rebelan contra la tradición que los juzga para juzgar ellos a la historia.

«El hombre —dejó escrito Rafael Pérez Estrada—, adquiere su madurez racional en un juego de signos y palabras, que el espíritu crea y vive en la palabra escrita». Juego y verdad, he ahí el sentido originario del que nace el argumento de su elocución y la gramática de su ingenio.

Si la imaginación es en Rafael Pérez Estrada estado de creencia, la pasión por lo misterioso será su visión de lo secreto, una realidad que hospedada en lo imaginario es invulnerable a la represión dialéctica de los discursos de orden, palabras animadas de emoción para resistir a la gran calumnia del silencio con que administran la realidad virtual de lo literario los policías de la cultura de lo correcto. Da igual, dio igual, su reino no fue el de la administración de este mundo, sino el de los actos imaginarios ejercidos sobre el territorio de lo no creado, el día siguiente al séptimo día de la creación, el perfecto día en que el hombre retoma la continuidad de los olvidos del dios. Faltaba el unicornio y la sirena negra, la luna viuda del rosal de la noche, faltaba el centauro errático y la mariposa hibernante, y Abdul príncipe de Ankara y su simio disconforme, faltaba el niño pájaro y la strelitzia viril, ...y faltaba el artista Rafael Pérez Estrada.

Hablar, nombrar, escribir, dibujar el juego de la vida fueron en Rafael actos indivisibles de una misma actitud estética, formas semejantes de una misma nostalgia por la conciencia de la libertad, aquella fundación anterior a la catástrofe del poder que niega su secreta e intransitiva razón de intimidad a los actos creativos. Rafael supo ver lo invisible y nombró lo impronunciable, tuteo al destino con los modales de la más generosa elegancia estética, esa modalidad virtuosa de los escasos portadores de un don. Todo en él era y es acontecimiento súbito, expansión infinita, conspiración contra la vulgaridad. Alto oficio el de glorificar lo mínimo, la joya pequeña de la humanidad desapercibida, a la que Rafael se entregó como constructor armónico con el saber de lo que sabe a magia blanca, a refundación de mito, esa constelación donde lo que brilla no es la estrella de una ilusoria esperanza sino la inmaculada y pura sonrisa de los muertos. He ahí la universalidad de

su consigna, el placer de su polifonía teatral sobre el arte de vivir, la remota aspiración del ciudadano en tránsito de ángel, la poesía como «única cosa» que hará perdurable al final de los tiempos, cuando ya todo sea definitiva memoria y recuerdo de la memoria del mundo, el discurso estético de la honradez, la gratitud con él del universo por en tal plenitud de persona haber existido.

Para un acercamiento a la obra de Rafael Pérez Estrada pueden consultarse como bibliografía básica de referencia las siguientes obras:

Rafael Pérez Estrada y otros, *El levitador y su vértigo*, Madrid: Calambur, 1999.

Rafael Pérez Estrada, *Cosmología esencia*, Barcelona: DVD, 2000.

Rafael Pérez Estrada, *La palabra destino* (antología), Madrid: Hiperión, 2001.

Rafael Pérez Estrada, *El muchacho amarillo* (relatos), Barcelona: Plaza y Janés, 2000.

Rafael Pérez Estrada, *Pequeño teatro*, Sevilla: Biblioteca de Autores Contemporáneos, Teatro Alfar, 1998.